

MEMORIA DEL OLVIDO

La muralla

JOSE ANTONIO ABELLA

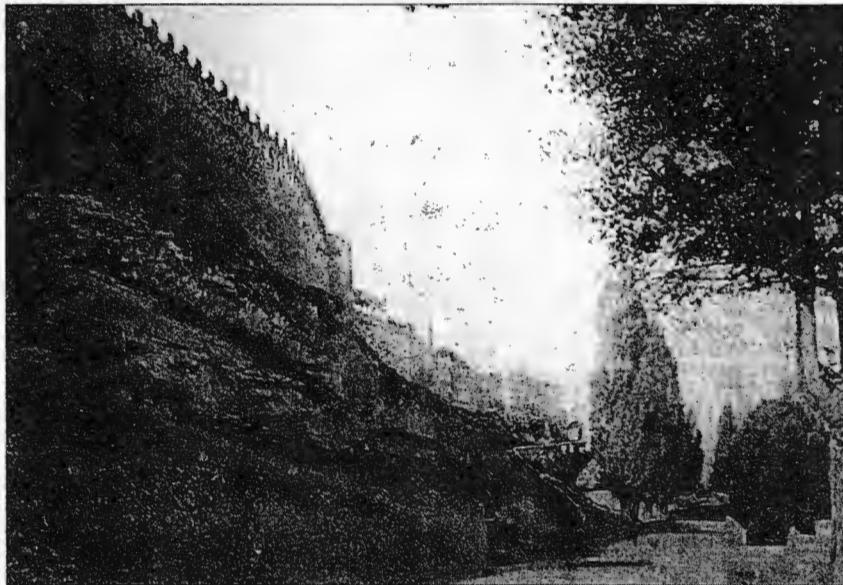
Raimundo de Borgoña, yerno de Alfonso VI por el matrimonio con su hija Urraca, fue probablemente el encargado de la construcción de la muralla de Segovia, así como lo fue de la de Ávila. Poco se parecen estas dos murallas porque poco se parecen los enclaves de estas dos ciudades, menos necesitada Segovia de una sólida cerca por esa protección natural que le ofrece si elevado emplazamiento.

Mesía atrás, cuando reproducíamos la puerta de Santiago, hacíamos alusión al riesgo de desplomes subsidiarios a la inestabilidad de las calizas sobre las que se asienta el recinto amurallado, asentadas a su vez sobre débiles sedimentos arcillo-arenosos.

Para el interesado en la geología de Segovia, el tramo de ladera que muestran estas dos fotografías, a escasos metros de la puerta de San Cebrián que se intuye al fondo, ofrece diversos cortes de la roca, a modo de solapas o abrigos, que muestran con claridad una alternancia de finas capas de arcilla y arena. Concretamente, en la zona de muralla que va desde aquí hasta la antigua puerta de San Juan, cuyo buen estado de conservación se debe a las restauraciones de los últimos años, fueron corrientes los derrumbamientos originados por esa causa y, en gran medida, por la extracción de arenas para la construcción, actividad que socavó en algunos casos cuevas de grandes dimensiones bajo las mismas murallas.

Rodeadas por una densa vegetación en gran parte de sus más de tres mil metros, no ofrecen las murallas de Segovia el aspecto hosco e imponente de las fortificaciones medievales. Por el contrario, el cinturón verde que las envuelve crea una impresión de hospitalidad, de belleza sosegada y amable, más propicia para el descubrimiento pausado del paseante que para el efectismo súbito de los espacios pelados como escenografías dramáticas, perceptibles a un golpe de vista pero carentes de misterio, sin esa ambigüedad lúdica de luces y sombras que caracteriza a los paseos arbolados. De este modo lo debió de entender la Sociedad Económica de Amigos del País al efectuar las plantaciones de este paseo de Santo Domingo en los años finales del siglo XVIII. A su labor se debieron tanto los centenares de olmos que poblaban este paraje, tristemente perdidos por la plaga de grafiosis que arruinó nuestras olmedas, como los magníficos chopos lombardos que se yerguen para el recuerdo en esta antigua fotografía.

PRINCIPIOS DE SIGLO. Los magníficos chopos lombardos se yerguen para el recuerdo.



1994. Rodeadas de una densa vegetación, no ofrecen el aspecto hosco de las fortificaciones medievales.